

## El Santuario y el nuevo tipo de familia Ficha 11

### B. La gracia de la transformación 4. El Matrimonio cristiano, misterio de fe fiel

#### I. Introducción

##### 1. Resumen:

La gracia de la transformación que la Mater nos regala desde el Santuario es una ayuda para desarrollar de la manera más plena posible, el poder transformador de las gracias recibidas por los sacramentos del Bautismo y del Matrimonio. A través de la Alianza, y con la colaboración de nuestro esfuerzo por autoeducarnos, la Mater quiere ayudarnos a *hacer de nuestra vida matrimonial un reflejo vivo del amor con que Cristo ama a su Iglesia*: de la generosidad, fidelidad, fecundidad y carácter heroico de ese amor.

**2. Objetivo de esta reunión:** contemplar el matrimonio cristiano como reflejo vivo del *amor fiel* de Cristo.

#### II. Desarrollo del tema

##### 1. Definición, importancia y crisis actual de la fidelidad

La fidelidad puede definirse como la constancia o permanencia en el amor. Es la fuerza que permite al amor conservar viva e intacta su capacidad de entrega generosa, sin desgastarse ni por el tiempo ni por las dificultades. Constituye una cualidad esencial del verdadero amor. Hemos visto que no hay verdadero amor sin generosidad: sin entrega total de sí mismo. Pero esto todavía no basta. Es necesario que esa generosidad dure *siempre*: que me entregue con *todo* lo que soy y lo que tengo y durante todo mi tiempo, es decir, *en cada instante* de mi vida y hasta el *último momento*. Un amor pasajero o inconstante, por muy intensos que hayan podido ser sus chispazos, no sacia el corazón humano. Éste fue creado para la eternidad, para saciarse un día con el amor eterno de Dios, que durará para siempre. Pues bien, la fidelidad es el reflejo, aquí en la tierra, de la eternidad a la que está llamado el amor. Por eso toda persona busca y anhela un amor “para siempre”.

Desgraciadamente, hoy día son cada vez más los que creen que estas cosas son sueños, ilusiones de juventud. Sienten dentro de sí un hambre inmensa de fidelidad, de eternidad. Pero creen imposible encontrar un amor humano que les dé respuesta. Y piensan así por lo que observan a su alrededor: Matrimonios que se separan apenas semanas o meses después de su matrimonio; otras que van ya en su cuarto o quinto intento; países donde los divorcios están ya superando en número a los matrimonios; o donde los jóvenes, en lugar de casarse, prefieren simplemente “emparejarse” por cierto tiempo, sin mayores compromisos para el futuro. De hecho, el hombre moderno ya no quiere “amarrarse”. Desea a toda costa conservar su libertad. Pero una libertad entendida de modo egoísta: como libertad para “pasarle bien”. Y todos los slogans publicitarios de hoy insisten en que para “pasarle bien” hay que “cambiar”: cambiar el largo de la falda, la forma de los zapatos, la marca de la margarina, del

modelo del televisor... Cambiar es progresar y ser feliz... Por eso, no se quiere prometer “para siempre”: para no renunciar al “derecho de cambiar”. El resultado de esta actitud es, a la larga, la soledad, la amargura, la frustración más completa.

## 2. La fidelidad a la luz de la fe

El que no cree en la fidelidad no puede ser cristiano, porque nuestro Dios es, antes que nada, un Dios fiel. Ya el Antiguo Testamento lo muestra como “la Roca de Israel” (Deuteronomio 32, 4), es decir, el Dios inmutable en su fidelidad y en sus promesas (Tobías 14, 4). Dios no se retracta (Números 23, 19), ni cambia (Malaquías 3, 6). Él quiere unirse a la humanidad (la esposa que se ha escogido) por lazos de fidelidad perpetua (Oseas 2,22). Por eso exige también que su Pueblo le responda con fidelidad y que pruebe esta fidelidad cumpliendo sus mandamientos. Pero Israel no logra ser fiel. Sus pecados se lo impiden y lo hacen romper una y otra vez su Alianza con Dios. Como todo pecador, Israel se revela “infiel” por naturaleza. Dios, en cambio, permanece fiel a sus promesas y envía a su Hijo como Salvador. Jesucristo viene a la tierra justamente para hacer posible la fidelidad de los hombres. Él viene a sellar una Alianza nueva y eterna que nadie podrá romper. Él es absolutamente fiel (1 Tesalonicenses 5, 25 y Apocalipsis 9, 11); nos amó en cada instante, hasta su muerte, y nos prometió una fidelidad que va aún más allá: “Yo estaré con ustedes todos los días, hasta el fin del mundo” (Mt 28, 20). También nos pidió ser fieles y “permanecer en su amor” (Jn 15, 9) cumpliendo sus mandamientos. Pero es él mismo, en especial a través del sacramento del Bautismo y del Matrimonio, quien nos regala la fuerza de su propia fidelidad para afianzar así la nuestra (2Tes 3,3). *Ésa es la gran originalidad de los cristianos: que por la gracia de Cristo podemos ser fieles.* Por eso la Biblia, desde un comienzo, llama así a los cristianos: “los fieles” (Hech 10, 45; 2 Cor 6,15). Ser cristiano y ser fiel es lo mismo.

El P. Kentenich decía siempre que la alabanza más grande que él podía hacer a una persona era llamarla “fiel”. *La fidelidad era para él lo más grande:* No sólo por constituir una virtud esencial del cristianismo, sino, además, por ser la que más urgentemente necesita del desvinculado y desarraigado hombre de hoy. Él se sentía llamado, precisamente, a educar un nuevo tipo de hombre, capaz de vincularse a otros con lazos de amor fiel, para que mostrando al mundo ejemplos vividos de fidelidad humana, le ayudara a creer en la fidelidad de Dios. Por eso, él trató siempre de ser un reflejo vivo de la fidelidad de Cristo frente a la Familia. Nos tenía a todos, en cada instante, siempre presentes en sus oraciones, y también estuvo dispuesto a dar su vida por nosotros. El lema “*fidelidad por fidelidad*” era uno de los que más amaba, y la Familia está segura de que, al igual que Cristo, él sigue cumpliéndolo desde el cielo.

## 3. Matrimonio cristiano y fidelidad

La Iglesia enseña que todo matrimonio válidamente contraído, aun cuando sea sólo civil, es indisoluble. Así lo estableció Dios desde el Paraíso (Mt 29, 1-9). La obligación de fidelidad no es una novedad del matrimonio cristiano. Lo original de éste consiste en que los esposos se comprometen a guardarse una fidelidad tan grande que pueda ser reflejo de la fidelidad de Cristo: Una fidelidad que llame la atención, que ayude a los demás a creer que es posible “amar para siempre”, y que los ayude también a creer en el Dios fiel. De hecho, una de las primeras cosas de los cristianos que sorprendieron a los paganos fue su moral y fidelidad conyugal. Esta tarea inmensa y urgentísima sería imposible si Cristo mismo no se comprometiera con los esposos cristianos a regalarles la fuerza de su propia fidelidad. En

consecuencia, la fidelidad dentro del matrimonio cristiano resulta no sólo de un compromiso mutuo entre los esposos sino, también, de un compromiso de ambos y de cada uno con Cristo. Por el sacramento, el amor y los cuerpos de ambos han sido consagrados a él y convertidos en pertenencia suya, en signos e instrumentos de su amor fiel. Por eso, faltar al otro significa también faltar a Cristo, pecar contra él. En este sentido vale doblemente para los esposos cristianos lo que san Pablo advierte a los simples bautizados: “No saben ustedes que sus cuerpos son miembros de Cristo? ¿Y podría yo tomar los miembros de Cristo para convertirlos en miembros de una prostituta? ¡De ningún modo! ¿O no saben que el que se une a una prostituta se hace un solo cuerpo con ella?” (1 Cor 6, 15-16)

El campo de la fidelidad no se restringe, sin embargo, al de la fidelidad sexual: es tan amplio como el del amor mismo. La fidelidad resplandeció en cada acto y gesto de la vida de Cristo. Así debe resplandecer también en todos los detalles de la vida diaria del matrimonio. Ser fiel significa ser constante en el amor, independientemente de las ganas, de las circunstancias o de la respuesta del otro. Es lo contrario a ser variable, veleta, antojadizo, taimado, caprichoso. Ser fiel es cumplir siempre mis obligaciones y compromisos con el otro. Es seguir siendo amable cuando estoy cansado. O portarme como lo prometí cuando el otro no está presente. O no esquivar esa invitación para ir juntos al teatro que le hice en una lejana tarde de campamento. Ser fiel es pensar siempre en el otro; en lo que necesita, en lo que me encargó, en lo que espera de mí. Ser fiel es confiar en las posibilidades del otro, saber darle tiempo para madurar y ayudarlo a luchar contra sus defectos. Ser fiel es tener paciencia y saber perdonar cuando el otro ha fallado, conservando la puerta abierta y la mano tendida, como Cristo lo ha hecho conmigo, aun cuando sea larga la espera y demore el retorno. Ser fiel es recordar que mi amor lo prometí a la persona del otro y no a su aspecto o fuerza física, y que, por lo mismo, no tiene por qué disminuir ni con las arrugas, ni con las canas, ni con las enfermedades. Ser fiel es conservar el primer amor hasta la muerte para probar que amamos como amó Cristo.

Pero dado que el amor del matrimonio se expresa de un modo cumbre en la unión conyugal, es también éste el campo donde debe culminar y hacerse más patente su fidelidad. Aquí deben recordar los esposos cristianos que la fidelidad que ellos se han prometido debe medirse por la de Cristo, y no por los criterios del medio ambiente o de la mayoría. Más aún: la tendencia debe ser siempre hacia arriba, preguntándose cómo poder reflejar mejor la fidelidad de Cristo. A un matrimonio schoenstattiano no puede bastarle con evitar el pecado. Aunque Cristo, en lo que toca al pecado, fue tan tajante en sus exigencias que hasta asustó a los mismos apóstoles (Mt 19, 10). No sólo condenó cualquier infidelidad de hecho sino, incluso, el adulterio cometido con la vista o el pensamiento, el simple mirar o desear con maldad a otra persona (Mt 5, 27). Y Cristo pone estas exigencias por igual a hombres y mujeres. Entre unos y otros no establece diferencias en cuanto a deberes de fidelidad. Por eso el Evangelio se opone a cualquier forma de machismo. Hombres y mujeres están llamados por igual a reflejar la fidelidad de Cristo. Unos y otras poseen igual dignidad y obligaciones. Nuestro ambiente, bajo este aspecto, está influenciado por criterios paganos que rebajan a la mujer a la categoría de cosa: ella como propiedad del hombre, estaría obligada a ser fiel; el hombre, como propietario, gozaría de completa libertad. Esto no tiene nada que ver con el Evangelio. Cristo sabe que el hombre, normalmente, tiene necesidades sexuales más imperiosas que la mujer. Pero exige de los dos lo mismo, porque a los dos ofrece la fuerza de su fidelidad.

Al igual que la generosidad, la fidelidad no se improvisa; se va gestando día a día a través de mi esfuerzo por ser fiel al otro en los pequeños detalles, o por ir purificando mi instinto sexual de todo lo desordenado que haya en él. En este sentido, el P. Kentenich recomienda evitar todas las cosas que van cargando el subconsciente de imágenes excitantes: conversaciones o chistes de doble sentido, revistas o películas inconvenientes. Puede que, en el mismo momento, esas cosas no dañen, pero normalmente reviven después, en los momentos en los cuales nos sentimos más débiles o vulnerables. Igualmente conviene evitar las familiaridades, galanterías o coqueteos con personas del otro sexo, que podrían significar jugar con fuego. Por otro lado, hay que recordar que la fidelidad es una gracia que hay que pedir en la oración. Para nosotros, el principal seguro de la fidelidad es la presencia de la Mater en nuestros hogares y corazones; porque ella irradia un ambiente de pureza, nobleza y fidelidad. Finalmente, conviene recordar que, en el matrimonio, cada uno no sólo es responsable de su propia fidelidad sino también de la del otro. Sin saberlo, con mi actitud yo puedo estar empujando al otro fuera del hogar. O puedo convertirme en el gran apoyo de su fidelidad: si procuro ofrecerle tanta alegría dentro de nuestro matrimonio que se le vuelve innecesario buscar algo más allá. Entonces, estaré reflejando verdaderamente el amor de Cristo que basta para llenar por entero cualquier corazón.

### III. Preguntas

1. ¿Cómo explicaría yo, con mis propias palabras, lo que es fidelidad?
2. ¿Qué es, a juicio mío, lo que más dificulta la fidelidad al hombre de hoy?
3. ¿Qué es lo que más me impresiona de la fidelidad que Dios ha tenido con los hombres, sea en el Antiguo Testamento o en el Nuevo Testamento?
4. ¿En qué momentos de su vida siento que el P. Kentenich demostró con más fuerza su amor fiel hacia la Familia?
5. Los que nos miran desde afuera, ¿podrían decir que nuestra fidelidad es tan grande que refleja la fidelidad de Cristo?
6. ¿En qué detalles de la vida diaria podemos apreciar mejor la fidelidad que nos tiene la esposa o el esposo?
7. ¿Aceptamos las exigencias de la fidelidad que Dios pone por igual al hombre y a la mujer, o somos machistas?
8. Para conversar entre los esposos: ¿Qué pediría yo a mi esposo o a mi esposa para que me ayudase a crecer en mi fidelidad y a demostrarla con alegría en los detalles de la vida diaria?